

Jesús del Corral, apenas lo vió, endilgósele y le dijo con su vozarrón de orilla de río:

—Paisano, Dios los cría y ellos se juntan, los machos viejos se buscan para rascarse, cada oveja con su pareja. Me alegro de encontrarlo.

—Muchas gracias, paisano—le contestó afa-blemente Jesús—. ¿Qué hace usted por aquí?

—Viendo pasar los patos y oyendo cantar los gallos, paisanito. Aquí en las riñas.

—¿Van a estar buenas?—preguntóle Jesús.

—Eso dicen, paisano; pero donde se cree que fríen no hay ni cazuela; víspera de mucho, día de nada y...

—Pero usted siempre está contento—inte-rrumpió Jesús—atajando aquel alud de refranes que se le iba encima.

—Claro, paisano, porque todos están con- tentos, y en la tierra que fueres haz lo que vieres y el que con lobos anda a aullar se enseña y más vale pájaro en mano que buitre volando, y ríe mejor el que ríe último y...

—¿Qué gallos van a jugar en la primera riña?—interrumpió de nuevo Jesús, ya aburrido con el refranil chubasco de aquel Sancho Panza criollo.

—Dos muy buenos, paisano—contestó Res- trepito—: el Colorado de don Chepe Ramírez y el Verde del Chato García.

—Y usted a cuál va a apostar, Restrepito?

—Los dos son muy buenos gallos, paisano,